

si una bala me dió,
la culpa es...

No pudo acabar. Otra bala del mismo tirador cortó la frase en su garganta. Esta vez cayó con el rostro contra el suelo y no se movió más. La grande alma de aquel niño había volado.

XVI

DONDE SE VERÁ QUE EL HERMANO PUEDE CONVERTIRSE
EN PADRE

Había á la sazón en el jardín de Luxemburgo (pues la mirada del drama debe extenderse á todas partes), dos niños que iban cogidos de la mano. Uno podría contar siete años y el otro cinco. Mojados por la lluvia, habían elegido los paseos donde daba el sol. El mayor conducía al más pequeño; ambos estaban cubiertos de harapos y pálidos.

El más pequeño decía:

—Tengo hambre.

El mayor, con sus ínfulas ya de protección, conducía al otro de la mano izquierda y en la derecha llevaba una varita.

Encontrábanse solos en el jardín, pues la policía había mandado cerrar las verjas de éste, á causa de la insurrección, y estaba desierto. Las tropas que habían pasado en él la noche, habían marchado al combate.

¿Cómo estaban allí aquellos chicos? Quizá se hubiesen evadido de algún cuerpo de guardia entreabierto; quizá en las cercanías, en la barrera del Infierno, en la esplanada del Observatorio ó en la vecina encrucijada que domina el frontón, donde se lee: *Invenerunt parvulum fannis involutum*, hubiese

alguna barraca de saltimbanquis, de la cual habían huído; quizá la víspera por la tarde, burlando la vigilancia de los inspectores del jardín al tiempo de cerrar la verja, se hubiesen quedado y pasado la noche en alguna de esas garitas donde se leen los periódicos. El hecho es que vagaban por allí y que parecían libres. Vagar y parecer libre, es estar perdido; y, en efecto, aquellos pobres niños lo estaban.

Eran los mismos, cuya suerte había tenido inquieto á Gavroche, y que el lector recordará. Los hijos de Thenardier que vivían con la tía Magnón, atribuidos al señor Gillenormand, y ahora hojas caídas de todas esas ramas sin raíces y que rodaban por tierra á impulso del viento.

Sus vestidos, propios del tiempo de la tía Magnón y que les servían de prospecto para con el señor Gillenormand, estaban hechos girones.

Estos dos seres pertenecían ya á la estadística de los «niños abandonados», que la policía registra, recoge, extravía y vuelve á encontrar en las calles de París.

Sólo en día de tanta confusión se comprende que aquellos miserables chicos estuviesen en el jardín del Luxemburgo. Si los inspectores los hubiesen visto, habrían arrojado de allí á tales harapos. Los niños pobres no entran en los jardines públicos; sin embargo de que, como niños que son, debería pensarse que tienen derecho á las flores.

Estos se encontraban allí, gracias á haberse mandado cerrar la verja. Estaban de contrabando. Habíanse escurrido en el jardín y se quedaron dentro. Los inspectores no dejan de vigilar, aunque se cierre la verja; se supone que continúan funcionando; pero la vigilancia es menor y hasta nula. Los inspectores, aquel día, participando de la pública ansiedad y más ocupados en lo exterior que en lo interior, no se

cuidaban del jardín, y así no vieron á los dos delinquentes.

La víspera había llovido y un poco también por la mañana; pero en junio los chaparrones no calan la tierra. Apenas se conoce, una hora después de la tormenta, que tan hermoso y sonrosado día ha vertido lágrimas. El suelo se seca tan pronto como la mejilla de un niño.

En ese instante de solsticio, la luz del medio día es, digámoslo así, punzante. Se apodera de todo. Se duplica y se superpone á la tierra con una especie de succión. Diríase que el sol tiene sed. Un chaparrón es un vaso de agua. La lluvia es bebida en el momento. Por la mañana todo son arroyos que corren; por la tarde, polvo que se levanta. Nada hay tan admirable como el verdor que la lluvia lava y el sol seca; es como sentir el ambiente á la vez fresco y cálido. Los jardines y las praderas, con el agua en sus raíces y el sol en sus flores, se convierten en braseros de incienso y exhalan á un tiempo todos sus perfumes. Todo sonríe, canta y se ofrece. Se siente uno dulcemente embriagado. La primavera es un paraíso provisional y el sol ayuda al hombre á tener paciencia hasta que llega el definitivo.

Hay seres que no piden más; que, teniendo el azul del cielo, dicen: ¡basta! Pensadores absortos ante el prodigio que, idólatras de la naturaleza, se muestran indiferentes al bien y al mal; contempladores del Cosmos que, en medio de tanta magnificencia, se olvidan de sus semejantes y no comprenden haya quién fije la atención en el hambre de unos, en la sed de otros, en la desnudez del podre durante el invierno, en la curvatura linfática de una pequeña espina dorsal, en el jergón, en la buhardilla, en el calabozo, en los harapos de las jóvenes que tiritan de frío, cuando se puede meditar á la sombra

de los árboles; espíritus tranquilos y terribles, implacablemente satisfechos. ¡Cosa rara! El infinito les basta.

Ignoran esa grande necesidad del hombre, lo finito, que admite el enlace. No se acuerdan de lo finito, que admite el progreso, el trabajo sublime. Huye de su mente lo indefinido, que nace de la combinación humana y divina de lo infinito y de lo finito. Con tal de ponerse frente á frente de la inmensidad, se sonrien. Para ellos no hay alegría, sino éxtasis. Abismarse, tal es su vida. En su concepto, la historia de la humanidad no es más que un plano dividido en fracciones, donde no se halla el Todo; el verdadero Todo está fuera. ¿A qué acordarse de ese pormenor, el hombre? Decís que el hombre padece y no tiene nada de imposible; pero en cambio, ved cómo se eleva Aldebaran. Decís que á la madre se le ha agotado la leche, que el recién nacido se está muriendo; no sé una palabra; pero en cambio, considerad ese admirable rosetón que forma la albura del abeto, examinada con el microscopio. ¡Comparad á esto el más rico encaje! Esos pensadores se olvidan de amar. Es tanto lo que influye en ellos el zodiaco, que les impide ver al niño que llora. Dios les eclipsa el alma. Es una familia de inteligencias, á la vez pequeñas y grandes. Horacio se contaba en el número y Goethe, y quizá también Lafontaine. Magníficos egoístas del infinito, espectadores tranquilos del dolor, que no ven á Nerón si hace buen tiempo, á quienes el sol oculta la hoguera, que mirarían guillotinar buscando en el suplicio un efecto de luz; que no oyen ni el grito, ni el sollozo, ni el estertor, ni el toque de alarma, para los cuales todo se encuentra bien; pues hay el mes de mayo, que se declaran satisfechos, mientras luzcan en su cabeza nubes de púrpura y oro y que están decididos á ser felices, en tanto que los astros brillen y que canten las aves.

Se les compararía á cuerpos tenebrosos que despiden rayos de luz. No sospechan siquiera que son dignos de lástima, y, sin embargo, lo son; porque el que no llora no ve. Es preciso admirarlos y compadecerlos, como se compadecería y admiraría á un ser á la vez noche y día, que no tuviese ojos bajo las cejas, y en medio de cuya frente brillase un astro.

Según algunos, la indiferencia de esos pensadores es una filosofía superior. Concedido; pero en esa superioridad hay imperfección. Se puede ser inmortal y cojo; testigo Vulcano. Se puede ser más que hombre y menos que hombre. Lo incompleto inmenso está en la naturaleza. ¿Quién sabe si el sol no es un ciego?

Mas entonces, ¿de quién fiarse? *¿Solem quis dicere falsum audeat?* ¿Cómo han de engañarse ciertos genios, ciertos Altísimos en forma humana, ciertos hombres astros? ¿Cómo lo que está á tan grande elevación, en la cima, en la cúspide, en el zénit; lo que envía á la tierra tanta claridad, ha de ver poco, ha de ver mal, no ha de ver? ¿No es esto para desesperar? No. ¿Pues qué hay por cima del sol? Dios.

El 6 de junio de 1832, á las once de la mañana, el Luxemburgo, solitario y despoblado, estaba hermoso. Los arriates y los parterres se enviaban, en medio de la luz, perfumes y resplandores. Las ramas, locas con la claridad del medio día, parecían querer abrazarse. Había en los sicomoros una batahola de currucas; los gorriones celebraban su triunfo; otros pajarillos trepaban por los castaños, picoteando en los agujeros de la corteza. La plata-banda aceptaba la legítima monarquía de los lirios. El más augusto de los perfumes es el que sale de la blancura.

Respirábase el olor aromático de los claveles. Las viejas cornejas de María de Médicis sentían el amor sobre los altos árboles. El sol doraba, tenía de púr-